

El futuro de la política

AL PREGUNTARSE POR EL FUTURO DE LA POLÍTICA cabe contestar que las fuentes nutricias del poder (las jerarquías sociales, la desigual distribución de los recursos económicos, la división del trabajo, las pasiones y ambiciones humanas) seguirán fluyendo ininterrumpidamente hasta la con-

CIENCIA POLÍTICA

sumación de los tiempos. La dureza de la historia ha disipado el viejo sueño marxiano según el cual el dominio sobre los hombres sería sustituido por la administración de las cosas y la paulatina extinción del Estado; el siglo XX ha sido testigo, por el contrario, del ascenso y caída de diversas variantes del Leviatán totalitario. Parece, así pues, que el control del poder político por los ciudadanos y el establecimiento de reglas, frenos y equilibrios para moderar su comportamiento constituyen el único programa a la vez factible y movilizador.

Las elecciones libres, el gobierno representativo, la libertad de prensa, la igualdad jurídica, el imperio de la ley y los derechos fundamentales de los ciudadanos son las paredes maestras de los sistemas democráticos que se han ido construyendo lenta pero firmemente durante los tres últimos siglos. Algunos optimistas pronostican la propagación de esos regímenes de libertades hasta los últimos confines de la tierra. La oleada de transiciones desde la dictadura a la democracia iniciada en la Europa del Sur durante la década de los setenta, continuada en América Latina, África y Asia a lo largo de los ochenta y proseguida finalmente en la Europa del Este apoya esa esperanzadora hipótesis.

A la hora de pronunciarse sobre los ritmos de esa deriva hacia el universalismo democrático, las sombras del apocalipsis compiten, sin embargo, con las luces de la ilustración. Si la consecución de unos mínimos de bienestar colectivo es una condición necesaria (aunque no suficiente) para la consolidación de un régimen de libertades, la deteriorada situación de grandes zonas del Tercer Mundo resulta descorazonadora. Y el rebrote de los nacionalismos, las guerras interétnicas y los fundamentalismos religiosos hace temer una detención en los procesos democratizadores o incluso una recaída en la barbarie.

Los sistemas democráticos de larga data también tienen sus propios demonios, entre otros el absentismo electoral, la corrupción política y el desprestigio de unos profesionales del poder movidos por intereses corporativos y prácticas endogámicas. El aumento de la intervención estatal (determinante de un elevado porcentaje de la renta nacional) y la complejidad de los problemas (típica de las sociedades avanzadas) refuerzan la autonomía de la burocracia y de los técnicos. Factores todos ellos que debilitan y deterioran la participación ciudadana, principio y alma de las instituciones democráticas.

Javier Pradera